

I

EL RELOJ NUEVO DE EIRANOVA

El relojero puso el reloj a las siete y veinte, pues esa era la hora exacta en aquel momento, y se bajó de la escalera que fue retirada por Leonardo do Coxo. Se alejó el hombre unos pasos caminado hacia atrás y, contemplando el reloj, le dijo a Xes, el cura, que estaba a su lado:

—Tienen ustedes reloj para muchos años. Seguramente durará más que usted y los demás curas que lo sucedan en esta parroquia.

En ese momento el reloj dio la media y Andrés de Bouza lanzó un cohete que tenía guardado desde las fiestas. Todos en Eiranova y en las parroquias de alrededor supieron que el nuevo reloj de la iglesia ya estaba funcionando.

Los hombres que habían ido a instalarlo recogieron sus herramientas y, montados en su furgoneta, se abrieron paso entre la gente que se había congregado en el atrio de la iglesia para presenciar la instalación y que ahora empezaba a retirarse de vuelta a su casa. Muchos iban todavía de camino cuando el reloj dio las ocho, y todos giraron hacia él sus cabezas. Y eso seguiría siendo lo normal, si no hubiera ocurrido algo que los iba a obligar a contar las campanadas con atención a ciertas horas. Pero en aquel momento faltaban todavía cuatro horas para que recibieran, por parte del reloj, el primer aviso de que iba a convertirse en protagonista de acontecimientos sorprendentes.

El tiempo fue pasando al ritmo que le es propio. El reloj dio las nueve y, en la taberna, al tiempo que consultaban sus relojes de pulsera, los hombres pudieron constatar que funcionaba correctamente. Ese mismo ritmo tuvieron las campanadas que señalaban las nueve y media y las de las diez, que fueron comprobadas en todas las casas de Eiranova. El reloj marchaba tan bien que, si alguien encontró alguna diferencia entre el de la iglesia y

el suyo, no dudó en ajustar este a la última campanada, dándole la razón al ajeno y quitándosela al propio.

La campanada que indicaba las diez y media solo mereció la atención de algunos. Y las de las once fueron ya muy pocos quienes las contaron.

Cuando el reloj empezó a dar las campanadas correspondientes a las doce de la noche, la mayoría de los habitantes de Eiranova estaban ya en sus camas. Solo Xes, el cura, al que los vecinos habían encargado los trámites de la instalación, estaba preocupado y contaba todas las campanadas desde que el nuevo reloj había empezado a funcionar. Así que, cuando la campana comenzó a sonar, él se puso a contar: Tann, una; tann, dos...

También Cristina, en su cama, contaba las campanadas: Tann, tres; tann, cuatro; tann, cinco... Había estado estudiando para un examen y hacía poco que se había acostado, por eso estaba aún despierta mientras el reloj daba la medianoche. Tann, seis; tann, siete...

Al boticario, don Anxo, que tenía por costumbre leer hasta muy tarde, las campanadas no le permitían concentrarse, y las iba contando mentalmente: tann, ocho; tann, nueve... Para él, el asunto no tenía más interés que comprobar que el reloj terminaba de dar la hora para poder volver a su lectura...

Tann, diez... Pensaba Xes.

Tann, once... Contaba Cristina en su cama.

Tann, doce... Ya podía don Anxo volver a sumergirse en las aventuras que el libro le estaba relatando.

Tann. ¡¡¡TRECE...!!! El reloj dio una campanada que hacía el número trece.

Xes pegó un brinco al escucharla y se puso en pie... ¿Habría contado mal? ¿Serían figuraciones suyas? ¿De tanto preocuparse por el reloj tenía una campana metida en la cabeza que seguía sonando cuando la de la iglesia ya había dejado de hacerlo?

Tann. ¡¡¡TRECE!!! El boticario pestañeó cuando escuchó la campanada número trece y pretendió seguir leyendo, no quería que nada lo distrajera. Pero no hubo manera, ya no fue capaz de continuar con la lectura, no

era normal que un reloj que había estado funcionando sin problemas toda la tarde, diera trece campanadas a las doce de la noche.

Ni Xes ni el boticario pudieron seguir con sus ocupaciones. El cura tuvo que dejar sin terminar un cartel que estaba preparando para colocarlo en la puerta de la iglesia, y a don Anxo no le quedó más remedio que cerrar el libro. Tanto uno como otro se quedaron a la expectativa, aguardando a que el reloj diera las doce y media.

Cristina se quedó dormida enseguida y, metida en sus sueños, no se enteró de que el reloj dio la media con total normalidad. Y mucho menos se enteraría de lo que sucedió a la una de la madrugada.

Pero es necesario que se diga que a esa hora no pasó nada especial, porque únicamente se escuchó una, una sola campanada, tal y como era de esperar, excepto por parte del cura y del boticario, para quienes el fenómeno resultó sorprendente. Ambos se quedaron con la duda de si a las doce de la noche habrían escuchado o no trece campanadas...

Seguramente fue por eso por lo que al día siguiente, aunque estuvieron juntos, ninguno de los dos hizo en un principio el más mínimo comentario, como esperando que alguna otra persona dijera algo que los confirmase en su sospecha. Pero, o todos actuaban de la misma manera, o nadie había escuchado nada raro. Cada vecino de Eiranova iba a lo suyo y nadie decía nada.

No ocurría lo mismo en el colegio, donde Cristina, a la hora del recreo, fue a buscar a Elisa, que tenía como ella doce años pero estaba en otra clase. No tardó en encontrarla y le comentó el fenómeno de las trece campanadas.

—Pues yo no escuché nada —comentó Elisa—, claro que a esa hora ya estaba durmiendo. ¿No has hablado con nadie de tu clase?

—No. Pero ahora que lo dices, vamos a preguntárselo a Pedro.

Pedro, a pesar de ser un año mayor, estaba en la misma clase que Cristina. Las dos amigas fueron a buscarlo a la cancha de baloncesto y, efectivamente, allí estaba, aunque no jugando, sino hablando con otros compañeros. Lo llamaron y él se acercó, mientras los chicos lo mi-



raban y se daban codazos unos a otros. Se decía que a Pedro le gustaba Cristina.

Tampoco Pedro había escuchado la campanada decimotercera. Él también dormía a aquella hora.

—Pero lo sabremos enseguida, porque el recreo termina a las doce menos cinco, así que cuando estemos entrando en clase, podremos comprobar si el reloj da doce o trece campanadas.

16

Aún no había terminado Pedro de hablar cuando sonó el timbre que indicaba el final del recreo, y cada uno se fue hacia su aula respectiva.

Xes, en aquel mismo momento, estaba delante del campanario de la iglesia con los ojos fijos en la esfera del reloj, esperando que las dos agujas estuvieran perfectamente superpuestas marcando las doce.

En la farmacia, don Anxo, que atendía a unos clientes, miró su reloj...

—Guarden silencio un momentito, por favor —les dijo a los presentes.

El reloj empezó a dar las campanadas del mediodía, y dio, justa y cabalmente, las doce que tenía que dar. Ni una más ni una menos.

En el colegio, Pedro buscó a Cristina con la mirada y esta le hizo un gesto con las manos indicando que habían sido solo doce las campanadas que se habían escuchado.

Aquella noche muchos vecinos no tenían prisa por irse a dormir. Durante la tarde se habían ido produciendo algunos comentarios aquí y allí, y eran numerosos los que sentían cierta curiosidad por lo que haría el reloj a las doce.

Cada vez que se acercaba una hora justa, en las casas se iba haciendo el silencio, y todos contaban mentalmente las campanadas: Una, dos, tres... De modo que, cuando el reloj comenzó a dar las doce, Xes contaba con mucho cuidado: Una, dos, tres... Cuatro, cinco... El boticario había dejado nuevamente la lectura para concentrarse en el número de campanadas que se escuchaban. En su cama, Cristina contaba en voz alta para no equivocarse: Seis, siete... Pedro, para asegurarse de que no hubiera error, hacía trazos con la uña en la pared de su habitación: Ocho, nueve... Diez, decía Elisa al tiempo que estiraba el último dedo de sus manos. Y Xes: Once. Y Cristina: Doce. Y todos: ¡¡¡TRECE!!!